

Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Espiritualidad y manejo del abuso a menores *

Hans Zollner SJ

Director. Centro de Protección de Menores
Pontificia Universidad Gregoriana (Roma)
Email: zollner@unigre.it

Recibido: 14 de febrero de 2017
Aceptado: 19 de febrero de 2017

RESUMEN: Cuando una persona padece abusos sexuales por parte de su propio padre puede acudir a Dios en busca de consuelo, pero cuando el abusador es un sacerdote, para las víctimas se daña la imagen de Dios y el daño es aún mayor. La Iglesia, como madre amorosa, debe escuchar a las víctimas, y quienes ejercen la autoridad tienen la responsabilidad de descubrir estos delitos e impedir que ocurran. Ante el fenómeno global del abuso a menores y el mal que se causa a las víctimas y a toda la Iglesia, es preciso prestar atención particular a la formación de los sacerdotes en el manejo de la propia sexualidad y en el concepto de su vida como vocación y servicio. Son necesarios además adecuados sistemas de supervisión y control de la propia autoridad. Solo mirando juntos a la realidad y reconociendo el mal en medio de nosotros, se puede intentar derrotarlo.

PALABRAS CLAVE: Iglesia católica, abusos sexuales, víctimas, formación sacerdotal, supervisión, conversión.

En un encuentro con el papa Francisco una víctima de abusos exclamó con profunda tristeza y desesperación: «Cuando Jesús sufrió y murió, su madre estuvo a su lado. Mi madre, la Iglesia, me ha abandonado con mi dolor y mi soledad». Esta única frase basta para

transmitir la atrocidad del abuso sexual a menores y entender el problema añadido que supone que lo cometan eclesiásticos, pero también plantea lo que deben remediar la Iglesia en general y los responsables en el seno de esta institución en particular.

* Este artículo aparece simultáneamente publicado en este mes de abril en la revista alemana *Geist und Leben* 89 (2017), 161-175, bajo el título “«Mein Gott, warum hast Du mich verlassen?» Spiritualität und der Umgang mit Missbrauch”. Traducción a cargo de Sandra Chaparro, del consejo de redacción de *Razón y Fe*. Email: sandrachaparro@yahoo.com

En estos casos entra en juego la dimensión religioso-espiritual, que adquiere un significado singular cuando quien abusa es un clérigo. Si una persona padece abusos por parte de su propio padre aún le queda alguien a quien acudir en busca de ayuda: Dios. Pero cuando quien comete los abusos es un sacerdote, cuyo oficio consiste en ser un representante de Dios, *otro Cristo* según la teología, la imagen de Dios se empaña y la víctima se precipita, en la más completa soledad, en una sima oscura y profunda. Puede ocurrir lo mismo si quien comete los abusos no es un clérigo, pero tratándose de un sacerdote el asunto es mucho más grave, sobre todo para quienes dan importancia a la fe, a la liturgia y a su relación con Dios. Es posible que muchos de los afectados vean limitada o pierdan para siempre la posibilidad de creer o confiar en Dios.

Las víctimas: su perspectiva y su dolor

A menudo, quienes logran expresar su dolor en palabras tras sufrir lo indecible a manos de representantes de la Iglesia y desean ser escuchados, acaban siendo rechazados o incluso se les acusa de armar alboroto y se preferiría que desaparecieran. Es otra de las razones que explican el enorme riesgo que corren estas víctimas de sufrir un

trauma espiritual «además» del psíquico y corporal. Este es un extremo cuyo alcance no tienen claro muchos miembros de la Iglesia, y al parecer sus responsables tampoco, aunque en teoría, quienes tienen por función difundir e interpretar los evangelios deberían ser los primeros en considerar hasta qué punto pueden afectar al núcleo espiritual de un creyente ciertas experiencias vitales (en este caso un trauma grave). Puede que esta sea la razón por la que obispos y provinciales hablan del asunto desde el punto de vista de la política eclesiástica, del derecho canónico o de la psicología, en vez de referirse a los aspectos espirituales y teológicos del abuso.

No resulta sorprendente que quienes denuncian abusos consideren a la Iglesia una institución calculadora en vez de una «madre amorosa», y es muy significativo que estas sean las primeras palabras del *Motu Proprio* del papa Francisco, en el que intenta inculcar a obispos y provinciales que es responsabilidad suya descubrir estos delitos e impedir que ocurran.

La Iglesia: santa y llena de pecadores

La Iglesia se fundó atendiendo al llamamiento de Cristo de proclamar la buena nueva: Dios ama a los seres humanos, es misericor-

dioso y hace todo lo posible para salvarlos, hasta el extremo de dar su vida por ellos a través de su hijo. En los últimos dos mil años de historia incontables personas han cumplido este mandato y contribuido a que la Iglesia, al servicio de los pobres, los enfermos y los más vulnerables, se haya erigido en un maravilloso sacramento de salvación. Pero inmediatamente hay que añadir, que siempre ha habido en la Iglesia quienes hacían exactamente lo contrario de lo que proclamaban la comunidad eclesial, Jesús y ellos mismos. Los Papas de las últimas décadas han orado repetida –y expresamente– por el perdón de los pecados y delitos cometidos por los representantes de la Iglesia.

El cambio: petición y llamamiento de Jesús

El tema del abuso sexual de menores por parte de sacerdotes es impactante y nos parte el corazón. Hablamos de sexo y de violencia, del abuso de confianza, de vidas destrozadas y de hipocresía: todo ello en el seno de la Iglesia. Hasta cierto punto es comprensible que se soslaye toda pregunta relacionada con el tema, porque afectan directamente tanto a las personas como a la institución. Pero la psicología moderna no es la única que señala que la represión de los

deseos puede tener consecuencias trágicas e imprevisibles. Jesús mismo, e incontables maestros espirituales después de él, han expresado la misma convicción: quien no vigila su lado oscuro acaba sometido a él con mayor intensidad antes o después. En la película *Spotlight* (2015) que trata del ocultamiento en Boston de abusos sexuales cometidos por sacerdotes durante décadas, se describe este mecanismo muy gráficamente.

Sostenemos que se abusa sexualmente de menores en el mundo entero¹. Aunque carecemos de cifras en muchos lugares, podemos deducir de las resoluciones de la Congregación para la Defensa de la Fe, la autoridad eclesial que dirige los procesos penales contra los sacerdotes acusados, que este tipo de abuso se comete en cualquier parroquia. Hoy podemos demostrar que el tan manido argumento de que la violencia sexual contra menores es un problema de las decadentes iglesias occidentales es falso e induce a error. Sus defensores prefieren ignorar que tal vez existan factores eclesiales que favorezcan el abuso u obstaculicen o impidan que salga a la luz y se castigue a los culpables. Si analizamos el asunto desde una pers-

¹ Cf. B. BÖHM – J. FEGERT *et al.*, “Child Sexual Abuse in the Context of the Roman Catholic Church: A Review of Literature from 1981–2013”, en *Journal of Child Sexual Abuse* 23 (2014), 635–656.

pectiva global, constatamos que, aunque la Iglesia Católica sea una comunidad mundial de fieles, infinitamente heterogénea y compleja, en la práctica cotidiana actúa en base a la similitud y con arreglo a elementos invariables.

Evidentemente no es fácil exponerse a tanto mal y tanto dolor, sobre todo cuando uno no se siente personalmente responsable. Pero lo cierto es que el mundo entero identifica a sacerdotes y obispos con todo lo bueno y todo lo malo que ocurre en la Iglesia y resulta de las acciones de sus hermanos. Los curas, en su día a día, no son conscientes de hasta qué punto se los toma por representantes de Cristo y de su Iglesia, aunque desde una perspectiva teológica deberían percibirse como tales. Cuanto más ajena es una persona a la Iglesia, más convencida está de que ésta constituye una unidad monolítica y uniforme. De ahí que cada delito de abuso sexual cometido por un clérigo afecte a todos los sacerdotes y a la Iglesia en su conjunto.

Los sacerdotes: su condición, su formación

Si buscamos respuestas que expliquen la incidencia de abusos sexuales entre el clero católico, no podemos limitarnos a hablar del ministerio sacerdotal, de su función mediadora o de su poder espi-

ritual y real, porque estos elementos también son característicos de dignatarios religiosos del islam (en los informes se constatan las elevadas cifras de abusos cometidos en la *madradas* del Reino Unido), el budismo, el hinduismo, el judaísmo y las religiones naturales. El celibato tampoco es una característica exclusiva de la Iglesia católica de rito latino: hallamos sacerdotes, monjes y monjas que practican el celibato en otras religiones y sus subgrupos². En el fondo, ninguno de los elementos que enumeramos a continuación es privativo de la Iglesia católica o de sus clérigos, pero probablemente el conjunto sí ofrezca un cuadro muy característico.

El manejo de la propia sexualidad

El manejo de la propia sexualidad es un reto permanente para todo ser humano. Muchos de los sacerdotes que aceptan vivir en celibato toman esta decisión sin una guía humana y espiritual adecuada. Habría que contar con un procedimiento de capacitación serio,

² De los informes estadísticos, los dos *John-Jay-Reports* (EE.UU.) y las cifras hechas públicas por la *Royal Commission* australiana, cabe deducir que los porcentajes de abusos cometidos por clérigos de diversas confesiones o comunidades cristianas son similares a los relativos a clérigos musulmanes y rabinos.

basado en un sistema de unidades pedagógicas modulares que permitan incidir en cada uno de los pasos, y proporcionar un acompañamiento espiritual y profesional eficaz tras la ordenación sacerdotal. Tal y como están las cosas, los sacerdotes no aprenden a manejar sus habilidades emocionales, sexuales y relacionales de forma sana e integradora. Pese a la adopción de medidas unívocas de gran importancia para la formación de los sacerdotes (resaltadas de nuevo en la *Ratio Fundamentalis* hecha pública por la Congregación para el Clero el 8 de diciembre de 2016), en la mayoría de los programas de estudio para el clero regular y secular el tipo de formación que permite alcanzar la madurez humana desempeña un papel secundario. Teniendo en cuenta que la mayor parte de las crisis de fe ocurren porque uno se enamora y descubre (a decir de los afectados a menudo por primera vez) que desea una relación de pareja y tener familia, sorprende que los responsables de formación no apliquen su energía y su tiempo donde más falta parece hacer³. En psicología profunda

se habla de mecanismos represivo-defensivos y de negación de impulsos vitales fundamentales para la vida. Desde un punto de vista espiritual podríamos calificarlo de *akedia* e *inertia*: negligencia e indolencia. De ahí que aventuremos la hipótesis de que los encargados de la formación son responsables directos –e indirectamente– de la falta de seriedad con la que se tratan las experiencias espirituales y los procesos humanos y de que no se adopten decisiones que están a nuestro alcance.

El problema de estos procesos represivos es que se corre el riesgo de «actuar» aquello que uno ha rechazado o demonizado (en nuestro caso el deseo sexual y muchas otras necesidades no reconocidas). En algunos casos se ignora o rebate todo lo relacionado con el tema que pudiera provocar una confrontación; en otros se acaba viendo la conducta reprimida sin control, a veces donde menos resistencia cabe esperar: entre niños o adolescentes. Conviene señalar aquí la existencia de al menos dos ámbitos de estudio relacionados en los que no podemos entrar: las exigencias concretas que afectan a los seminaristas y sacerdotes homosexuales y la digitalización de los medios de comunicación que ha dado lugar a las páginas de contactos y al uso de pornografía en Internet.

³ Cf. para la investigación de casos de abuso, *Seelsorgetudie* [Estudio sobre la cura de almas] encargado por la Deutsche Bank en Alemania, así como los primeros datos de una serie de estudios internacionales realizados en el *Centro de Protección de Menores* de la Pontificia Universidad Gregoriana.

El ministerio del sacerdote en la Iglesia católica

La imagen del sacerdocio y su función en el seno de la Iglesia católica se ha visto muy perjudicada por el hecho de que los clérigos abusen de menores y se tarde demasiado en descubrirlo. En muchas regiones del mundo se sigue considerando a los sacerdotes enviados intocables, cuya autoridad, poder y potestad derivan de forma más o menos directa de Dios; hasta en nuestras propias latitudes existen grupos que así lo creen. Esta imagen del clérigo, basada en el elemento cultural-sacramental, puede llevar a los creyentes a idealizarlo hasta convertirlo en un ser intocable y reverenciado, lo que dificulta o inhibe cualquier crítica, entre otras cosas porque los fieles no pueden imaginar que el cura sea capaz de mal alguno.

Lo anterior explica en parte algo que hoy resulta incomprensible desde fuera de la Iglesia. Las víctimas suelen afirmar que eran ellos, y no el sacerdote, quienes se sentían mal y sucios tras un contacto sexual. Otros afectados consideraban que la preferencia física y emocional que los curas sentían por ellos los ensalzaba, convirtiéndolos en seres únicos, «elevándolos a las esferas del sacerdocio». La pregunta es por qué ha habido tantos afectados, a lo largo de los años y las décadas, incapaces de

denunciar los abusos. La clave de la respuesta está en el problema de conciencia y el dilema insuperable que plantean el espanto de haber sido víctima de un acto violento y la pesada carga de tener que acusar a un sacerdote de un horror tal. No hay que olvidar además, que muchas de las víctimas que han padecido violencia sexual a manos de clérigos formaban parte de su círculo, en internados, como monaguillos o en la pastoral juvenil. A menudo eran seres humanos especialmente diligentes y confiados: una confianza que se quebró cuando abusaron de ella.

Quien haya aprendido en su infancia, su juventud, o durante su formación como seminarista que los sacerdotes son intocables, puede convencerse fácilmente de que no tiene por qué rendir cuentas a nadie, de que quien está investido de potestad sacramental puede tomar lo que quiera. Esta actitud explica, en parte, porqué los sacerdotes que han abusado de niños y adolescentes niegan rotundamente haberlo hecho o se describen a sí mismos como víctimas o héroes («él me ha seducido»/«a la chica le gustaba»); quizá también sea la causa de que los culpables no suelen expresar que entienden el daño que han hecho.

En el caso de algunos seminaristas constatamos que entienden el seminario y el sacerdocio como una

profesión normal y corriente, es decir, tienen la idea de que pasadas sus «horas de oficina» pueden actuar en «privado» de modos incompatibles con la vida sacerdotal. Tal parece que persiguen los privilegios, el poder y la belleza del cargo sin estar dispuestos a pagar el precio que exigen los Evangelios: pobreza, castidad, obediencia, y en general estar dispuestos a dar su vida por Cristo. Esto encierra grandes peligros para aquellos individuos capaces de cometer abusos de todo tipo en determinadas circunstancias, pero también para las comunidades, las diócesis y la Iglesia en su conjunto.

La mentalidad de fortaleza asediada

Hay un último elemento, específico del cuadro católico, que favorece el abuso e impide su desvelamiento: lo que normalmente se denomina «mentalidad de fortaleza asediada». Supone que las cosas se arreglan «entre nosotros», al margen de la esfera pública, porque se teme por la propia reputación y se olvidan tanto el sufrimiento de las víctimas (que hay que acallar) como una regla básica del mundo de los medios de comunicación: «Antes o después todo acaba saliéndolo a la luz: toma las riendas, reconoce tu error, pide perdón sinceramente y te creerán».

Aquí suele entrar en juego una interpretación unilateral del vínculo existente entre el obispo y los sacerdotes, así como de la responsabilidad del primero. No se tiene en cuenta que el «amor paternal» no se expresa sólo en el perdón y la compasión, sino también en la aplicación de un castigo justo cuando es necesario. Por lo demás, lo que hace a los obispos pensar en los «suyos», antes que en el bienestar de los débiles y los necesitados, es un fuerte espíritu corporativo. Mencionemos de paso el hecho de que muchos de los abusadores tienen una gran habilidad para quitarse la soga del cuello y manipular a sus superiores, diciéndoles lo que quieren creer, prometiéndoles que nunca volverán a hacer algo así y logrando que los traten con compasión (mal entendida).

Cuando se actúa con arreglo a esta «lógica interna» no se busca ayuda competente fuera porque se cree poder solucionar el problema con estrategias y recursos propios. De manera que los responsables se encierran en su fortaleza sin darse cuenta de que los abusos han sido más frecuentes y prolongados en el tiempo en lugares como Irlanda, los territorios católicos de Australia o los Estados Unidos, donde imperan sistemas eclesiales cerrados y la Iglesia lo rige todo, del nacimiento a la muerte.

Lo mismo cabe decir de esas congregaciones y nuevas comunidades religiosas, surgidas poco antes o poco después del Concilio Vaticano II, que durante muchos años fueron la gran esperanza de la Iglesia por su número relativamente elevado de seguidores. Sin embargo, en los últimos años se han desvelado todo tipo de abusos graves cometidos en el seno de diversas agrupaciones de este tipo, muchas de ellas muy conservadoras y partidarias de una teología y liturgia «tradicionales». Algunos de los ejemplos más conocidos, lamentablemente no todos, son los Legionarios de Cristo (fundada en México); la Comunidad de las Bienaventuranzas (fundada en Francia); la *Comunità Missionaria di Villeregia*, del norte de Italia; el *Sodalicio de Vida Cristiana* (sobre todo en Perú) y el círculo del sacerdote Fernando Karadima en Santiago de Chile. No hubo abusos sexuales a menores en todos los casos, pero sí a personas bajo la custodia de los culpables como novicios y seminaristas. Se crearon situaciones de dependencia extrema distorsionando el voto de obediencia y la práctica religiosa estricta: cualquier tipo de crítica suscitaba desprecio y daba lugar a castigos. No se respetaron reglas fundamentales de la tradición religioso-espiritual (¡!), como la distinción entre el foro interno y el foro externo; por no hablar de los casos de mal uso del sacramento

de la penitencia (violación del secreto de confesión y la absolución de un cómplice en caso de violación del sexto mandamiento).

Habría que dedicar un capítulo aparte a la personalidad de los fundadores de estos grupos. Algunos se habían visto excluidos de sus comunidades por abusos sexuales, irregularidades financieras o manipulación de las conciencias, y se les habían impuesto diversas penas canónicas, incluida la excomunión. Rigieron sobre personas y obras durante décadas sin que nadie se atreviera a cuestionar su poder absoluto o sus exigencias de una legitimidad que se suponía religiosa. Pudieron hacer lo que quisieron porque no había órganos supervisores eficaces, ningún sistema de control y contrapeso. No todas estas personas eran o son sacerdotes, lo que desvela una vez más la problemática de fondo: cuando los círculos (eclesiales) se cierran, se demonizan los debates públicos y no se implementan procesos de formación y desarrollo, el riesgo de abusos se eleva exponencialmente.

Las estructuras directivas y jerarquías mal definidas, que permiten que aflore un vacío y en cierto modo constituyen el polo opuesto a la mentalidad de fortaleza asediada, fomentan asimismo las condiciones propicias para la comisión de abusos. Lo señala el

denominado *Deetman-Report*, en el que se describen los casos de abusos habidos en el seno de la Iglesia católica en los Países Bajos. Resulta sorprendente la cantidad de cuestiones que quedan sin resolver en los escandalosos procesos por abuso sexual. La responsabilidad de obispos y provinciales por la actuación de los sacerdotes es un ejemplo entre muchos, que plantea la posibilidad de acusarlos de negligencia en el desempeño de sus funciones como superiores. En el ámbito anglosajón se debate hace años sobre este particular bajo la rúbrica «*bishop accountability*».

Si no hay una jurisdicción clara no merece la pena luchar ni por la fortaleza ni por el campo abierto, porque todos pueden lavarse las manos. Cuando están en juego vidas humanas se precisa autoridad y dirección, pero hay que someter al poder a controles externos y desarrollar una mentalidad interna que tienda a interpretar el ministerio o el cargo con arreglo a las palabras de Jesús: «El que quiera llegar a ser grande entre vosotros será vuestro servidor».

Unidos: preguntas y tareas pendientes

En una sociedad que defiende la credibilidad como uno de sus valores fundamentales, el escándalo de los abusos plantea preguntas

decisivas: ¿Estamos dispuestos a reconsiderar nuestra forma de ser Iglesia? Mientras nos resistamos a hacerlo, mientras ocultemos las injusticias y el dolor, mientras sigamos pensando que en cuanto pase el escándalo podremos volver a dedicarnos a nuestra «auténtica» labor pastoral, no haremos más que pensar en nosotros mismos y bloquearemos toda nuestra energía apostólica y nuestra creatividad. El retiro del papa Benedicto XVI, que actuó contra abusadores muy prominentes, constituye un ejemplo de cómo ha de usarse el poder (eclesiástico). El papa Francisco predica una vuelta a la sencillez y a la inmediatez de los evangelios, y no se cansa de afear esas lacras en las que se han convertido el clericalismo, el «carre-rismo eclesiástico» y el sacerdocio como forma cómoda de vida. Hoy en día surgen muchas preguntas en torno a las causas religiosas de los abusos y los efectos del trauma espiritual que sufren las víctimas. ¿Podemos recurrir a los evangelios para definir las jerarquías rectoras y el desempeño de funciones? ¿Cómo se complementan hombres y mujeres con sus diferentes ideas sobre el poder y la forma correcta de ejercerlo? ¿Qué podemos aprender de lo que denominamos gobierno corporativo y observancia para establecer una corresponsabilidad real y crear mecanismos de control verificables en el seno de la estructura eclesial? ¿Qué

forma parte del núcleo del sacerdocio y qué elementos del poder de dirección atribuido a curas activos en parroquias u otros organismos puede o debe delegarse en colaboradores? ¿Cómo conjugar lo personal y lo comunitario para construir puentes entre la «fortaleza» y el «caótico campo abierto»? ¿Cómo pueden aprender obispos y provinciales a ponderar las decisiones y adoptarlas en el momento oportuno? ¿Qué formación hay que brindar a los futuros sacerdotes? ¿Cuánto invierten los responsables de formación?

Constatamos que los responsables de la Iglesia, pero también muchos cristianos «sencillos», tienen dificultades para confiar en Jesús y creer en sus palabras: «La verdad os hará libres» (Juan 8,51). No es fácil enfrentarse a la verdad desnuda y sin maquillar. Hace falta valor y voluntad de entender la realidad por incómoda y dolorosa que sea. Es precisamente en tiempos difíciles cuando el cristiano, consciente del fracaso personal e institucional que vive, debería confiar más en Dios que en sí mismo. Quien abra los ojos, el entendimiento y el corazón comprenderá la situación humana y espiritual en la que se encuentran él mismo y los demás. Abrirá las puertas a la gracia del arrepentimiento y el perdón, prometido a quienes reconocen sus errores y su culpa de corazón, aunque hacerlo implique exponerse a

la depresión, la vergüenza, la duda y la desconfianza. Es un proceso difícil de sobrellevar, pero el Espíritu Santo acompaña a quien es capaz de aceptarlo, al amparo de la comunidad de fieles, gracias a su fe en nuestro salvador Jesucristo. Esta actitud, que nos da acceso a las simas del espíritu humano y del desconsuelo espiritual (como diría san Ignacio), nos permite paliar e incluso sanar a la víctima con ayuda de la gracia. Pues hay personas, que tras padecer un dolor inconmensurable que las lleva al borde de la desesperación y el suicidio, encuentran por sí mismas el camino que conduce a la fuente de la esperanza y la vida tras años o décadas de depresión y dolor. Estas personas, que han pasado por un auténtico infierno, pueden dar testimonio fidedigno de la fuerza salvífica de Jesucristo. Muchos de los que han dado la cara, temblando ante la posibilidad de recaer en el trauma, afirmaban más tarde haber descubierto un nuevo sentido en la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Mientras la Iglesia siga haciendo oídos sordos a la voz y el testimonio de todas las víctimas (hayan superado su trauma o no), herirá a quienes ya han padecido mucho a manos de representantes de la Iglesia, impedirá la auto-purificación que supone el reconocimiento de la propia culpa y excluirá a quienes han compartido el destino de Jesús de una forma especial.

¿Por qué ha colocado Dios a su Iglesia en esta situación? ¿Qué nos quiere enseñar el Señor de la Historia por medio de los escándalos y las crisis de nuestros tiempos? ¿Qué mensaje quiere transmitir a los cristianos? Probablemente que debemos enfrentarnos a la realidad, que tenemos que ser conscientes del inexpresable sufrimiento de las víctimas y de que estamos atrapados en los

enredos del mal. Nadie puede vencer al mal del todo, ni siquiera cuando se manifiesta en abusos sexuales a menores, y pensar otra cosa sería un error de cálculo fatal. Pero sí podemos esforzarnos por minimizar el riesgo de estas agresiones. Después de todo, una madre amorosa nunca dejaría en la estacada a su hijo o hija: haría todo lo necesario para protegerlos del mal⁴. ■

⁴ Sobre la condiciones y posibilidades de realizar tareas preventivas, cf. S. WITTE – B. BÖHM *et al.*, “E-Learning Curriculum Prävention von sexuellem Kindesmissbrauch für pastorale Berufe. Forschungsergebnisse”, en *Nervenheilkunde* 34 (2015), 547–554; K. A. FUCHS – H. ZOLLNER, “Prävention in der katholischen Kirche: Drei Beispiele aus der Praxis katholischer Institutionen”, J. FEGERT – M. WOLFF (eds.), *Sexueller Missbrauch in Institutionen: Entstehungsbedingungen, Prävention und Intervention*. Weinheim – Basilea, 2015.

SALTERRAE



LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL

Luces y sombras de la cultura actual

*Una guía moral
para moverse
por la modernidad tardía*

232 págs.
P.V.P.: 14,95 €

Una visión global, clara y amena de la realidad actual desde la perspectiva cristiana. El autor desgrana los rasgos característicos de la cultura actual y descubre sus luces y sombras: la mentalidad científico-técnica, la secularización, las ansias de emancipación, del individualismo, la tolerancia, la mentalidad capitalista-burguesa, la fe en el progreso, la erótica del cambio y la posmodernidad. Y si existen estudios específicos de cada una de las temáticas abordadas por González-Carvajal, el autor ofrece esta visión de conjunto para orientarse en el mundo de hoy.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
